

Vida secreta

Vida secreta/ Vivian Lofiego
–1ª ed. Buenos Aires, 2016–

ISBN 978-987-1586-76-9

© Vivian Lofiego
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
www.huesosdejibia.blogspot.com.es
www.facebook.com/editorial.hdj
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo
Maquetación: Maurice Brosandi
Imagen de tapa: © Vivian Lofiego
“Estudio 2. Adán y Eva bajo las estrellas”
Acrílico, tinta, papel sobre tela. 60x35
Fotografía de la autora: © Marie Cirer

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

VIVIAN LOFIEGO
Vida secreta

PRÓLOGO

¿Qué es lo exterior y lo interior? ¿Existe un afuera y un adentro? Ahora que todas las categorías sustanciales se han declarado en huelga indefinida, ahora que el mundo gira frenético, en una hipnosis generalizada de dígitos y *selfies*; ahora que toda conversación parece limitarse a un mero ejercicio de nostalgia; ahora que la gente ya no habla y solo quiere gustarse o no gustarse –ese verbo vacío, apático, con sabor a glándulas trasnochadas de la adolescencia–; ahora es precisamente cuando habría que volver a plantearse esas y otras preguntas: todas las preguntas que la gente no suele hacerse cuando solo (y sola) se gusta, cuando parece estar obnubilada por eso, por la seducción relamida de lo virtual, el egotismo sobre-pixelado de la propia imagen. Porque lo que se declara en este gustar –lo que se masculla en esta cosa viciada del “gusteo”, del manoseo o el seseo del gusto– no tiene nada que ver con la lengua, nada que ver con el paladar ni con el oído, ni con la distinción personal o la afinidad con el otro, ni –mucho menos– con la interioridad y exterioridad que pueden mostrarse en el discurso, por medio de ese complejísimo dispositivo abstracto que llamamos lenguaje, en el cual se produce buena parte de ese otro complejo dispositivo que llamamos poema.

No obstante, ¿qué puede decirse o mostrarse en el poema, que no aparezca ya configurado en la propia fábrica del lenguaje, en los flujos y reflujos infinitos, en el parloteo mecánico del habla misma? He aquí otra pregunta que la gente no suele hacerse nunca, pero que alguien que escribe debe formularse cada vez que se enfrenta a la página en blanco. Sobre todo si ese alguien escribe poemas, porque la prosa puede, perfectamente, –e incluso, quizás deba– estar contaminada por ese parloteo mecánico, pero la poesía no, ya que ella choca con todas las normas del discurso, que son las mismas normas que rigen el entendimiento social. La poesía, bien lo sabemos, es cosa del pasado. Demanda otro tiempo y otro entendimiento. Es la “pasajera en trance” de la memoria, la pasajera incómoda, inconveniente; la solterona con los párpados pintarrajeados de

verde palta que se niega, aunque no le quede otra, a volar en *low-cost*. “Una ya no viaja en avión, sencillamente la despachan como a un bártulo más”. O para decirlo de otra manera: es la palabra de a pie, la palabra no operativa –no cooperativa– por excelencia, la vagabunda que ha llegado a olvidar por completo la lógica cultural dominante. Y también es, cuando empieza a caer la noche, ese silencio errático, indefinible y diáfano de la montaña, el mismo silencio que se oye puertas adentro de toda comunicación.

—Escribir poesía no es *cool*, lo realmente *cool* es vivirla, escuché opinar en una lectura, no hace mucho, a una chica que ciertamente escribía idéntico a como hablaba, y que ya solo por apelar dos veces a ese anglicismo tan arcaico me pareció que andada algo extraviada con las modas. En buena medida, la poesía se ha achatado junto con el mundo y con las relaciones personales; ha perdido intensidad para ganar extensión y visibilidad; ha perdido misterio para sumarse a esa transparencia hiperrealista del presente que todo lo enfría y atrofia. Asistimos a tal grado de flexibilización o vaciamiento de los recursos de la lengua que no es difícil imaginar que la poesía, en un futuro no muy lejano, podrá muy bien prescindir del marco anticuado de las palabras; podrá –según el célebre vaticinio lautreamoniano– “ser hecha por todos”, esto es: no necesitará que nadie vuelva a pisotearla por escrito; alcanzará ese estado de perfecta indolencia que hoy traslucen todas las cosas, para terminar diluyéndose, por fin, en esa libre gasificación democrática, esa igualdad narcisista entre arte y vida que tanto fascinaba en la época de las vanguardias.

No se puede –ni hay para qué– escribir si no se alimenta algún secreto guardado bajo siete llaves, si no se acaricia o se maltrata a algún monstruo recóndito, hermafrodita lastimoso, abuhardillado en lo más oscuro de la propia mente. Pero, la escritura no sería, en sentido estricto, el medio donde el sujeto se instalaría cómodamente a ventilar sus cuitas letárgicas o sus delitos imaginarios, sino todo lo contrario: sería el medio, el hábitat ideal –por lo evasivo y lo ostensible, por lo falazmente

confidencial que puede tener— donde nuestros secretos quedarían mejor encriptados. Sería la sustancia misma, el pulso en el cual se forma y prospera el monstruo. ¿Qué monstruo? El de la propia vida privada, el pequeño Mr. Hyde o la pequeña Heidi que todos llevamos en el corazón, el o la cual solo podemos vislumbrar mediante oscuros desvíos y largas circunvalaciones, a través de la mirada de los otros; porque el secreto es algo que conlleva una paradoja latente, algo que se da a cambio de un voto silencioso, de una promesa de amistad o de amor eternos, algo que en realidad solo se articula desde la perspectiva del otro; algo —uno de esos pactos de sangre de la infancia— que nos mantiene, ante todo, juiciosamente alejados y a salvo de nosotros mismos.

Ya desde las primeras líneas que abren *Vida secreta* el lector siente esas metamorfosis múltiples, esa ansiedad por encontrarse y por desdoblarse, esa sintaxis trepidante —como escandida al galope— que mueve el discurso de la mujer que se enuncia en estos poemas: “Lady Godiva montada al esqueleto del caballo/ Eva y la manzana, oscuro desvelo, corre, corre, corre,/ con el contenido del infierno que acaba de recoger del fruto,/ ofreciendo el lugar donde todo se condena”. Se respira una exaltación lírica lindante con la asfixia; se observa el despliegue de una intimidad que se expande hasta tocar el anonimato, ramificándose en distintas ciudades, en distintos espacios o escenarios mundanos donde siempre descubre un nombre vinculado a la historia de la cultura, un hecho o una fábula de la tradición literaria que ilustra la vivencia interior. ¿Se puede alcanzar, desde la propia subjetividad, una imagen o una experiencia real de lo interior? Se puede, aunque pasando antes por unas cuantas figuras en el espejo; poniendo la homeostasis psicológica en jaque; instalando, en fin, a nuestra verdadera *inwoman* en un frondoso paréntesis. Este es el régimen del secreto, que recorta en muchos pedacitos —reliquias del goce— la imagen interior; que siempre pospone el encuentro con la verdad, subordinando al sujeto a una incógnita que se dispersa y sublima en numerosas claves y meta-claves, numerosas figuras y contrafiguras interconectadas.

Todo lo que puede hacer esta mujer, esta paisana de

París, entonces, es convertirse en pasaje, glosarse y desglosarse, dar vueltas en un paréntesis *ad infinitum*, desvanecerse en un trapezio discursivo que también es un espejo convexo. Esto vendría a plantear otra incógnita de doble fondo, una identidad en segundo grado, o el secreto del secreto: ese puro metalenguaje en el cual se ralentiza el motor de la seducción femenina. Como en aquella célebre película de Orson Wells, *La dama de Shanghái* –mencionada en este libro–: del oscuro laberinto de la subjetividad nadie sale incólume, ni siquiera disparando a mansalva contra el propio yo entrevistado desde una multitud de espejos. Recordemos, al pasar, el aforismo –medio nietzscheano, medio básico– que allí el marinero Orson espeta sobre el rostro desquiciado de la pérfida Rita, un momento antes de la apoteosis especular con su balacera orgiástica: “El que se deja guiar por sus instintos mantiene su fe en la vida hasta el final”. Y luego añade algo que suena, en el desarrollo de la trama, terriblemente machista y tierno: “Tú no has tenido nunca un criterio más puro...”.

El texto en que se menciona o se recrea este clásico del cine negro se titula “Tánger de *Sphaerae*” y está entre los más logrados –y enigmáticos– que el lector encontrará en estas páginas. A su manera, también funciona como un epílogo catártico, un segmento de película-catástrofe filmado con la bahía de Tánger y el café Hafa de trasfondo, y un volcán que se reactiva de pronto, esparciendo una nube de cenizas y cancelando todos los trayectos aéreos. Allí el fantasma del amor y el fantasma de la incompletud –las dos grandes figuras gemelas que acuñan toda vida y que recorren obsesivamente la escritura de *Vida secreta*–; los fantasmas metafóricos de Rita y Orson, acribillados y calientes todavía por el fuego de las balas, están sentados en la terraza del más célebre café de la literatura, bebiendo un té de menta y charlando pacíficamente con la misteriosa y sabia Esfera de Aristóteles, mientras el mundo parece deslizarse hacia su apocalipsis cotidiano; el espíritu visceral del volcán desanima cualquier forma de cursilería o de queja, desnuda y apacigua con un suspiro la trivialidad de los cuerpos, redobla ese *horror*

vacui que atesta toda la jerigonza de los amantes, envolviendo en llamas la cinta de la película —que ahora ya es totalmente retro—. En la radio podría estar sonando “Two strangers” en unas flautas magrebíes, un hilo musical que se prolongaría en la mente como un grito en el desierto, mientras a los lejos se podría contemplar (en ese mismo desierto de la mente) la agonía del Amor como la muda extinción de un insecto, hasta que “en el plexo estalla/ el deseo junto a la lava”.

W. H. Auden, en un poema dedicado a una isla de Nápoles, donde solía pasar los veranos, escribió que nunca podremos recordar con exactitud los motivos de nuestra felicidad, aunque es imposible que olvidemos que alguna vez fuimos felices. Luego, lo inmotivado o ilusorio de ese *coup de bonheur*, sin ninguna razón tampoco —o acaso mediante el solo idealismo de la memoria—, habrá de transformarse en el fundamento del mal, la evidencia de nuestros dolores o de nuestra “falta”. Y luego, ese recuerdo nebuloso, todavía puede, también arbitrariamente, transformarse o revalidarse en el principio secreto de todo arte. No obstante, leyendo este nuevo libro de Vivian Lofiego, dan ganas de decir: al diablo con la técnica, al diablo con el arte, al diablo con la falta. La verdadera poesía solo está hecha de pasión.

Walter Cassara

*A mis mariposas: Amande (in memoriam),
Luna, Daniela, Olivia, Julián.*

Para que haya discurso es necesaria una pérdida y renuncia al goce. A partir de este vacío en la causa, mediante el discurso se tratará de leer la realidad situando algo que suture esa falta, cada discurso "hace" algo con ese vacío.

JACQUES LACAN

*Yo, sonrío, por supuesto,
y sigo tomando té.*

T.S. ELIOT

Ropa interior

En el vacío, eternamente los principios giran

LUCRECIO

Fue una inmensa explosión, dicen
la materia se fue uniendo lenta, caliente, glaciarse luego
el luminoso átomo, poderosas partículas hicieron el trabajo
y fue naciendo el encaje, el desvelo
tomando vida
tiempo, sábana que cada cual borda a su manera
tramándose a deshoras
allá en la noche

Célula tras célula, después el tejido,
¿quién habrá erigido semejante ejército?
tisú de las venas unidas azul mar noche cerrada
deambulando la sangre lenta,
años de cada mes de días de horas de segundos

Heráclito: ¿nadie se baña en el mismo río dos veces?
cuánta agua define al cuerpo,
sudor, placenta, lágrimas, flujos, líquidos
esponjas de mar para las hemorragias

Y las sedas manchadas aureoladas de vida
corazones varios en uno, vasos, arterias
latidos, zumbidos, holanes, la danza
enagua y debajo pureza arrebató impostura
abandono en la nieve, amor como arma mortal
la desilusión es solo materia para un falso destino

Amor en llamas en llamas más no
Lady Godiva montada al esqueleto del caballo
Eva y la manzana, oscuro desvelo, corre, corre, corre,
con el contenido del infierno que acaba de recoger del fruto,
ofreciendo el lugar donde todo se condena

Perfumada piel con limones amargos
jazmines en la línea del pecho

Debajo de la ropa interior circula el ADN
tu ADN su ADN ahora mi ADN
y elijo el viaje la música la mariposa la carta muerta, la carta
la pintura, la danza, para romper cadenas
del amor prohibido, de los barcos zarpando
de niñas en los partos –las bisabuelas–

La desilusión un hueso duro para la ilusión
elijo ser desnuda como las margaritas en el campo
amarillo hiriente blanco inmaculado

Rojo sangre rojo fuego rojo carmín
en la mano dibujada la línea de fuga
escribir para que vivan los ancestros

Pulmones suspiros, riñones con obsidianas
corazón fuerte un tambor africano
blancos colmillos de marfiles el esqueleto
vísceras pasiones parenquimatosas
huellas digitales, eres única, genuina

Piececitos cuánto les ha costado
pararse en tierra abandonar las alas del ángel

Tu ropa interior luce única
pero el desnudo no te asusta
este no es asunto para ciegos ni necios
encallada en la arena yace la ropa luciente
pero ella, ella se arroja a esas aguas
las enaguas quedaron atrás
y ahora desfilan sus anhelos sus ausencias sus huecos
su hoyo negro en hoyo blanco se revierte

Luminosa ahuyenta sus peligros al fondo abisal
se puede transformar en estrella de mar o en hipocampo

Puede revertirse ser un caracol señalando
en su esqueleto al laberinto de su casa
se ríe como la primera mujer frente al cielo bañado de
[constelaciones

Reinas de belleza

*Un ángulo muerto en el oído para poder
escuchar con más claridad lo enmudecido*

ANNE SEXTON

El vestido de novia tenía tules interminables
capas –como una cebolla– finas, transparentes, infinitas
culminando en el dobladillo que barría
caprichoso el polvo de finas partículas

Era una novia de 5 años,
bailaba feliz por la casa
buscando al novio,
escortando al cortejo,
en el juego de la gallinita ciega
distribuyendo confetis de colores
y ellos irían al ruedo del vestido

El vestido de unas horas:
la fiesta, el vals, encajes, perlas, corona,
años deshaciendo minuciosamente la ceremonia
–un cangrejo obstinado en borrar su huella–

Hilvanes, sedas, rosas rococó fueron a parar al desván
–lo inservible posee un alma que se resiste a desaparecer–
aquel fue de las cosas, expuesto en la vitrina temporal

Después de jugar arrojaba el vestido y abandonaba la escena
harta de estar sola en mi propio casamiento
tomaba una boa de plumas de avestruz
y una cartera de perlas en degradé marrón
–sí pasaba mis dedos sonaba una música extraña, familiar–

me transformaba en la madrina de la novia
o sea, era la madre de mi madre y su prónuba

Detrás del decorado, entre bambalinas,
las voces de ellas hacían de corifeo
llegaban suaves, acordes a mis susurros
la tarde las iba transformando en letales, monótonas,
otras, en unos moderato cantabile

Durante varias estaciones duró aquel ritual,
solitario, soberano, feliz,
fue mi mundo Renacentista:
las artes combinadas y la ciencia:
laboratorio incluido, azufre robado del botiquín,
colores y dibujos, ladrillos en miniatura armando casas,
familias felices, inventando un universo armonioso

—Allí las novias no se quedaban solas—
y en lugar de laboratorios había jardines arbolados
un jacarandá sin penas con carita animal vestido de coral

Repetidas veces el vestido de novia arrastró hojas otoñales,
los nísperos derramados temprano en el patio,
libélulas caídas, mariposas, un insecto pavoneando fealdad que
llegaba arruinándome la breve dicha,
la voz de mi padre evocada en el sonido de las olas,
en un caracol que hacía las veces de teléfono

En el patio ensayé cuantos papeles pude,
una vez empecé a escribir,
no sé si fue que me extirparon las amígdalas
o la partida de mi padre,
—el dolor había sido lacerante—

Ya no necesitaba disfraces, ni laboratorio,
empezaron los libros a ser parte del tesoro,
de la quietud, del llenar los espacios

Me seguía insistente una marca en la mano derecha,
la misma que me invalidaba a seguir jugando a la novia

Las damas del corifeo se incorporaron
severas o indiferentes, socarronas o secretas,
las desarmaba en figuras de papel
era mi complicidad con la belleza –había que huir del
decreto tribal, huir de la palidez de los engaños,
las tramas a las que no quería entrar porque en mi jardín
lo yermo se transformaba en alegría inquietante, movediza–

Como el vestido de capas interminables
hilado fino, hilaba ahora palabras,
las emociones eran flores vivas
en las hojas blancas, reinas, brujas, lúgubres, hadas
prolijas, aunadas, propias
el universo se iba creando
era alcanzable, posible, eso creía...

Un jardín de hespérides cuyas manzanas
doradas estaban a mi disposición,
jugosas, radiantes, alejadas del veneno,
esa insoportable ausencia combatida con la mano derecha,

¿Una espada? ¿Un clavo? ¿Un alfiler?

La foto de novia de mi madre fue más
importante que mi propia foto de novia,
después de todo yo estaba programada
para ser una novia solitaria,
novia vestida de azul, una mañana fría y soleada en París